

VÍCTOR HUGO MARTEL PAREDES

¿POR QUÉ DEBERÍA AMARTE?  
LA INCONDICIONALIDAD DEL AMOR  
KANTIANO

WHY SHOULD I LOVE YOU?  
THE UNQUESTIONING LOYALTY  
OF KANTIAN LOVE

POURQUOI DOIS-JE T'AIMER?  
L'INCONDITIONNALITÉ DE L'AMOUR  
KANTIEN

*Resumen*

Usualmente se piensa que el amor incondicional es exclusivo de la relación entre la madre y el hijo, por la dependencia del objeto de amor. Sin embargo, el amor no es un objeto que esté fuera nuestro sino que es una capacidad inmanente de confiar y que debe ser ejercida. La razón por la que esta evidencia ha sido olvidada es porque se piensa que las emociones son irracionales y no pueden ser controladas. Kant propone que las emociones sean consecuencia de la aplicación de principios y no que estos gobiernen nuestros actos.

Esta capacidad es consustancial al ser humano y eso se demuestra con un mito greco-romano “La metamorfosis (el asno de oro)” de Apuleyo, que será analizado desde los imperativos kantianos que deben superar la contingencia histórica y demostrar universalidad en contraste con la correspondencia entre Kant y la filósofa kantiana Mari von Herbert sobre la decepción amorosa.

*Palabras clave:* amor incondicional; Kant; Apuleyo; Maria von Herbert.

*Abstract*

It is usually thought that unconditional love is exclusive of the existing relationship between mother and child because of the dependency of the object of love. However, love is not an object external to us, but an inherent ability to trust and it must be exercised. The reason why this evidence has been forgotten is because emotions are thought to be irrational and that they cannot be controlled. Kant suggests that emotions are the result of the application of these principles rather than they govern our actions.

This capability is inherent to the human being and this can be proved with a Greco-Roman myth “Metamorphoses (The Golden Ass)” of Apuleius, which will be analyzed from the Kantian imperatives. These must overcome the historical contingency and demonstrate universality about disappointment in love in contrast to the correspondence between Kant and the Kantian philosopher, Maria von Herbert.

*Keywords:* unconditional love; Kant; Apuleius; Maria von Herbert.

*Résumé*

Habituellement, on pense que l’amour inconditionnel est exclusif de la relation entre mère et fils, par la dépendance de l’objet de l’amour. Cependant, l’amour n’est pas un objet hors de nous, mais représente une capacité immanente d’avoir confiance et qui se doit d’être exercée. La raison pour laquelle cette évidence a été oubliée se doit à la pensée commune que les émotions sont irrationnelles et ne peuvent être contrôlées. Kant propose que les émotions sont la conséquence de l’application de principes et non pas que ceux-ci soit gouvernés par nos actes. Cette capacité est consubstantielle à l’être humain et cela est démontré par un mythe gréco-romain, « La métamorphose (l’âne d’or) » d’Apulée, qui sera analysé depuis la perspective des impératifs kantien qui doivent surpasser la contingence historique et démontrer une universalité en contraste avec la correspondance entre Kant et la philosophe kantienne Mari von Herbert à propos de la déception amoureuse.

*Mots clés:* Amour inconditionnel; Kant; Apulée; Maria von Herbert.

Fecha de recepción : 01/08/2016

Fecha de aceptación : 09/09/2016

---

¿Un filósofo puede vivir según sus propios principios? esta es una pregunta que ha sido formulada ininidad de veces desde que Kant haya anunciado los imperativos categóricos basado en la razón. A pesar de todas las dudas que su tarea pueda suponer, esta revestía pretensiones de universalidad, cuya arrogante superioridad debía debilitarla y, sin embargo, su vigencia se renueva con empecinamiento intransigente al absolver dudas contemporáneas no contempladas por Kant. Pero este no debía representar un obstáculo. Aunque el mundo aún pueda sorprendernos, puede también ser explicado, dado que la razón y la conciencia son una sola. El marco que limita al entendimiento, también lo determina, por ese motivo es que los problemas se descubren, eso no quiere decir que ya todo este dicho y que no haya nuevo bajo el sol, sino que el artífice constituyente de la realidad es la subjetividad humana, cuya sistemática unidad permite la constante renovación del mundo, su objetividad y la posibilidad de hallar patrones de conducta universales. Entonces ¿es posible ser absolutamente racional en todos los ámbitos de la vida? ¿La razón puede ser un agente confiable de resolución de problemas prácticos?

Siendo una ávida estudiosa del pensamiento kantiano, María von Herbert escribió a Kant en 1791 con la esperanza de encontrar una respuesta afirmativa. Lamentablemente nuestra especie está marcada bajo el signo de la decepción.

Admiradora del trabajo de Kant, no había encontrado en sus tratados ninguna solución práctica a una decepción amorosa. Esta pretensión revela nuevos problemas ¿Qué es el amor para Kant? Un deber. Y si es así, ¿debe ser racional? El amor debe ser desinteresado y por eso universal, incondicionado y del mismo modo que los objetos morales su procedencia no debe ser externa a la subjetividad y en esa medida el amor no depende del objeto amado.

Sin embargo, ¿cómo se puede gobernar las emociones? Las emociones no se gobiernan, sino que deben ser resultado de la aplicación de principios. Aun así, puede darse el caso que incluso en la buena aplicación de principios se pueda cometer errores. No podemos prever las consecuencias finales de nuestras propias decisiones y puede sobrevenir el arrepentimiento. La distancia que media entre la razón y el amor es una grieta que se ahonda con el engaño. De esa manera es como Apuleyo narra la relación entre Psique y Eros. Psique la razón ingenua, en sus idas y venidas, esfuerzos desafortunados por reconquistar a Eros, supera cada obstáculo por infranqueable que pueda parecer y consigue la tan anhelada unidad de la mente y el cuerpo, equilibrio, mesura, alcanzados en su ascenso ascético a costa de la pérdida de su inocencia.

Efectivamente, Apuleyo cuenta cómo Venus, la diosa más bella del Olimpo, envidia la hermosura de la mortal Psique, de modo que envía a su hijo Eros a asesinarla, sin embargo, este se enamora de aquella, así que decide ocultarla en su palacio, bajo dos condiciones, la primera, ella no puede verlo; la segunda, no puede contar de su matrimonio a nadie. Sumida en ignorancia y felicidad. Psique incumple la segunda promesa hecha a su esposo y le revela la razón de su felicidad a sus hermanas, quienes, con incrédula envidia deciden engañar a Psique a fin de terminar de una vez su felicidad. Fue así como Psique incumple la otra promesa hecha a Eros, quien, habiéndose revelado su identidad, la abandona. Psique, despojada de su estado de inocencia, premunida de razón, consciente del engaño sufrido y de la falta que cometió, emprende la búsqueda de Eros, en cuyo camino, encuentra a Venus, quien obstaculizándose lo pretendían terminar con su vida. Sin embargo, sale airosa de las difíciles pruebas y logra reunirse con Eros cuyo encuentro representa la búsqueda de la razón por

el amor, cuya consecución es el epítome del amor puro, madurez de la inocencia, perdón a una reserva de sinceridad y vínculo entre la mente y el cuerpo, prudencia mesurada.

Por la carta escrita a Kant no resulta evidente si el proceso de búsqueda del amor efectuado por María von Herbert fue racional o no, lo que sí se sabe es que ella trató de dirigir su vida según principios kantianos, siendo consecuente con eso, no debería sorprender que también en este íntimo ámbito lo haya sido.

De acuerdo a la ponderación que recibía la razón durante la ilustración, el amor racional o puro debía distinguirse del amor pasional, el primero inspirado en la honestidad y sinceridad basados en la autodeterminación de un deber que nos imponemos a nosotros mismos, mientras el segundo es producto del abandono a nuestras pasiones e inclinaciones.

Un amor tal que solo sea virtud (siendo el otro pura inclinación ciega), está deseoso de comunicarse por completo, y espera por parte del otro la misma comunicación cordial que ninguna reserva desconfiada puede debilitar. Así debería ser y eso es lo que exige el ideal de la amistad, pero le afecta al hombre una impureza por la que esa apertura del corazón, en mayor o menor medida, resulta limitada. Sobre este obstáculo a la efusión mutua de los corazones, sobre esta secreta desconfianza y reserva que hacen que uno mismo, incluso en el trato más íntimo con sus allegados, se reserve siempre, a pesar de todo, parte de sus pensamientos, ya se alzó la queja de los antiguos al decir: ¡queridos amigos, no hay ningún amigo! Y sin embargo, se considera que la amistad es lo más dulce que puede contener la vida humana, y las almas bien nacidas la buscan con ansiedad. Solo puede tener lugar abriendo el corazón. (Langton, 1994: 16).

Efectivamente suponer lo contrario significaría que nuestras emociones gobiernan nuestros actos, sin embargo para Kant muy a diferencia de Aristóteles, las emociones no se gobiernan, sino que deben ser el resultado de la aplicación de principios.

En el caso del amor, este debe ser contemplado como un imperativo categórico, es decir, como pautas sobre las cuales podemos tomar una decisión que deba revestir universalidad.

Hacer el bien es un deber. Quien lo practica a menudo y tiene éxito en su propósito benefactor, llega al final a amar efectivamente a aquel a quien hecho el bien. Por tanto cuando se dice: debes *amar* a tu prójimo como a ti mismo, no significa amar inmediatamente (primero) y mediante este amor hacer el bien (después) sino: *ibas el bien a tu prójimo y de esta beneficencia provoca el amor a los hombres* (como hábito de la inclinación a la beneficencia)! (Kant, 2008: 258)

Mientras en el caso del arrepentimiento:

Sin embargo esa reserva, esa falta de franqueza que, como parece, no puede atribuirse enteramente a la naturaleza humana (pues entonces todo el mundo andaría apesadumbrado al acabar por descubrir lo poco que le aprecia el otro) es muy distinta de la falta de sinceridad, entendida como falsedad a la hora de comunicar nuestros pensamientos. La primera forma parte de los límites de nuestra naturaleza y aún no echa a perder propiamente el carácter, sino que es solo un mal [Übel] que impide obtener del carácter todo lo bueno que podríamos sacar de él. La segunda es una corrupción del modo de pensar y un mal [Böse] positivo. Lo que dice la persona sincera pero reservada (no franca) es verdad, solo que no es toda la verdad. Por contra, el insincero dice algo de cuya falsedad es consciente. Una afirmación de este último tipo se llama en la doctrina de la virtud mentira. Esta, a su vez, puede ser completamente inofensiva, pero no por ello es inocente; más bien

es una grave vulneración del deber hacia uno mismo, y ciertamente un deber por completo imprescindible, porque su transgresión echa por tierra la dignidad de la humanidad en nuestra propia persona y ataca la raíz del modo de pensar, pues el engaño hace que todo sea dudoso y sospechoso, y despoja a la virtud de toda confianza, si hemos de juzgarla desde fuera. (Langton, 1994: 9).

Tanto el amor como el arrepentimiento y en general cualquier emoción y acción efectuada tienen un fundamento trascendental que los explican y justifican. Esa justificación trascendental revisita infalibilidad porque no reside en el mundo fenoménico de la vida, sino en el inaccesible mundo metafísico nouménico, en esto consiste el plano normativo, principios regulativos que orientan las acciones. Si existe altruismo es porque hay un fundamento racional que lo justifica, las relaciones entre los hombres, el modo en cómo nos aproximamos a los demás no se basan en el empírico vínculo aristotélico que amalgama la distancia que nos separa, sino en principios trascendentales inmanentes al ser humano es por eso que la bondad y la maldad, desde este punto de vista, son *a priori*.

En el plano normativo por su carácter universal, nouménico y trascendental, justifica las emociones y conducta humana. Por otro lado, el plano enunciativo es el plano de la aplicación de principios universales normativos. En esa medida se podría elaborar un análisis de los principios del amor, su esquematismo.

De este modo, las resoluciones tomadas tanto por Psique como por María von Herbert encuentran su justificación en el plano normativo. Sin embargo, Psique decide emprender una búsqueda agónica por Eros, mientras que María permanece sumida en la pasividad contemplativa, porque para Psique el amor es una lucha que no da tregua, ella percibe que la vida es cambio, que tiene

control sobre ese cambio y empieza cuando toma una decisión. El principio que la motiva es la de la autonomía de la conciencia. Mientras que para María la ética no representa un obstáculo, en la creencia de haber alcanzado la virtud, ya no elige, por lo menos eso piensa, porque está convencida que cualquier resolución que tome será virtuosa, la virtud se ha vuelto un instinto, así es cómo ella dejó de ser moral, obedece a sus inclinaciones, se ha fundido con la naturaleza.

### **Plano normativo (la analítica)**

Amar al prójimo como uno mismo podría resultar absurdo, pero debe entenderse que debe ser una obligación ayudar al prójimo y producto de esa acción es que surgirá el amor. Del mismo modo, como cuando se dice que cualquiera puede ser un genio, no quiere decir que todo el mundo tenga esa capacidad o que si quiera lleguen a serlo, sino que aun el lugar más humilde puede ser iluminado por la brillantez de una razón.

Así, el amor es un imperativo. Pero, según Kant, hay dos clases de imperativos, por un lado, están los imperativos categóricos, que son deberes mandados por la razón y que la voluntad debe obedecer si quiere ser buena, en cuyo caso el acto resultante es necesariamente moral, porque los deberes de la razón son universales, no responden a mezquinos deseos egoístas de la subjetividad de la voluntad y en esa medida son desinteresados. Por otro lado, los imperativos hipotéticos responden a principios subjetivos de la voluntad, válidos únicamente para el agente que los enuncia.

En el caso de los imperativos hipotéticos se trata de juicios analíticos, porque lo que yo deseo es también lo que me ordeno, mientras que los imperativos categóricos son juicios sintéticos *a priori*, hay una oposición entre lo que yo quiero y lo que debo ha-

cer. La razón por la que elijo hacer lo opuesto a mis inclinaciones y pasiones reside en la libertad que une la voluntad y la razón.

Si el amor responde a imperativos categóricos, como efectivamente sucede, entonces estamos siendo libres y morales.

El amor siendo un imperativo categórico no puede extraer sus objetos fuera de él, su analítica debe partir de sí mismo, de objetos que se entrega a sí mismo. A diferencia del ámbito gnoseológico, los juicios sintéticos *a priori* reciben sus elementos sintéticos de la naturaleza, de los sentidos, de objetos externos a nosotros, en cambio, en la moral, los objetos yacen en nuestra propia subjetividad, estos son los deberes que nos imponemos. En las tres formulaciones del imperativo categórico. En este punto hay que recordar que son tres las formulaciones aun solo imperativo, es decir, es un solo imperativo, pero que se expresa en tres modos convergentes

La primera formulación del imperativo categórico:

Obra según la máxima a través de la cual puedas querer al mismo tiempo que se convierta en una ley universal. Este es un imperativo que enuncia la autonomía de la voluntad del individuo. (Kant, 1999: 187)

La segunda:

Si es que ha de haber entonces un principio práctico supremo y, en lo que respecta a la voluntad humana, un imperativo categórico, tiene que ser tal que por la representación de lo que es necesariamente fin para todo el mundo, porque es fin en sí mismo, constituya un principio objetivo de la voluntad, y por tanto pueda servir como ley práctica universal. El fundamento de este principio es: *la naturaleza racional existe como fin en sí misma*. Así se representa el hombre necesariamente su propia existencia, y en esa medida es

por tanto un principio *subjetivo* de acciones humanas. Pero así se representa también cualquier otro ser racional su existencia según precisamente el mismo fundamento racional que vale también para mí: es por tanto a la vez un principio objetivo, del cual, como de un fundamento práctico supremo, tienen que poder ser derivadas todas las leyes de la voluntad. El imperativo práctico será pues el siguiente: *obra de tal modo que uses la humanidad tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro siempre a la vez como un fin, nunca como medio.* (Kant, 1999: 189)

### Tercera formulación:

Los seres racionales están todos bajo la ley de que cada uno de los mismos debe tratarse a sí mismo y a todos los demás nunca meramente como medio, sino siempre a la vez como fin en sí mismo. De este modo, surge un enlace sistemático de seres racionales por leyes objetivas comunes, esto es, un reino, el cual, dado que estas leyes tienen por propósito precisamente la referencia de estos seres unos a otros como fines y medios, puede llamarse un reino de los fines. (Kant, 1999: 197)

Estas tres formulaciones del imperativo categórico en la moral deben funcionar del mismo modo que las categorías. Es decir, una categoría es una función y; por lo tanto, subsume bajo un concepto universal la multiplicidad de instancias particulares que pueda tener, de manera que si las categorías kantianas están divididas en cuatro grupos de tres categorías, la última debe subsumir a las dos anteriores. Por ejemplo, en la categoría de la cantidad (unidad, pluralidad, totalidad) la totalidad debe ser comprendida como la unidad de la pluralidad. Del mismo modo si los imperativos categóricos son juicios sintéticos *a priori*, también deben cumplir la función de síntesis.

De manera que la tercera sintetiza la primera y segunda haciendo del reino de los fines la comunidad de agentes autónomos y en esa medida la primera formulación solamente llega a realizarse en la tercera, en el reino de los fines. La autonomía de la voluntad consigue alcanzar su expresión como libertad máxima ante la contemplación de la de los demás. La sociable insociabilidad se resuelve cuando el amor propio del individuo hobbesiano basado en una razón instrumental solo puede desarrollarse en el amor a los demás.

La individuación de la especie humana en ejemplares particulares no viene regulada por un mecanismo genético, que sin mediación alguna establezca el tránsito desde la especie al organismo particular. Los sujetos capaces de lenguaje y de acción solo se constituyen como individuos porque como miembros de una comunidad particular se van introduciendo por vía de la socialización en un mundo de vida intersubjetivamente compartido. En los procesos comunicativos de formación, se desarrollan co-originariamente la identidad del individuo y la del colectivo. (Habermas, 1999: 49)

De este modo es como el plano normativo de la razón nos motiva a la acción. Fue Psique la que debía ir en búsqueda de Eros.

Mientras psique con su insaciable curiosidad tentaba admirada las armas de su marido, saco una flecha del carcaj y al palpar la filada punta con la yema del pulgar, le temblaron las manos y se pinchó lo suficiente como para unas gotas de sangre rodaran por su piel, y así, sin darse cuenta, cayó rendidamente enamorada del Amor (Apuleyo, 2012: 149).

Es la razón la que, premunida de principios, debe ir en búsqueda del amor. El amor debe ser producto de la aplicación de los principios de la razón.

### Plano enunciativo

Una vez identificados los principios que motivan la acción, se hace necesario comprender cómo es posible que estos principios metafísicos, trascendentales conduzcan a una acción práctica. Si los imperativos están confinados a un plano metafísico, entonces podría objetarse su impotencia en el mundo de la vida fenoménico. Nadie tendría por qué obedecer un deber que atente contra su propia voluntad, ¿por qué deberíamos ser morales? Hay que aproximar los deberes morales a la acción efectiva. En eso consiste el plano enunciativo de la moral kantiana.

De modo que hay dos tipos de deberes, por un lado, los morales (imperativos categóricos) que son de obligación amplia, ya que, dado su formalismo, su cumplimiento queda confinado a la discrecionalidad de la interpretación subjetiva. Por otro lado, los jurídicos, que, siendo externos a nosotros, su aplicación es directa y no hay lugar a interpretación. El plano enunciativo de la moral kantiana tiene como tarea aproximar el primero al segundo.

El amor, entonces, es un deber subjetivo, no yace fuera de nosotros y en esa medida es una capacidad, que debe ser desarrollada, por esa misma razón el amor se debe inspirar, no debemos hacernos dignos de él, porque si fuera así nos someteríamos instrumentalmente, al tratarnos como una cosa que deba tener un valor. El amor, además, debe ser desinteresado.

Así, hay dos tipos de deberes, por un lado, los deberes para uno mismo y los deberes para los demás. El deber de virtud interno consiste en el propio fin, que es, para mí, a la vez un deber y en eso reside la búsqueda de la propia perfección, mientras que el fin de otros, cuyo fomento es para mí un deber yace en la prosecución de la felicidad de los demás. Entonces el deber hacia uno mismo es la persecución de la propia perfección, mientras que el deber

hacia los demás es buscar su felicidad. No se debe perseguir la perfección ajena como tampoco la propia felicidad.

En efecto, la propia felicidad es un fin que todos los hombres tienen (gracias al impulso de su naturaleza) pero este fin nunca puede considerarse como un deber, sin contradecirse a sí mismo. Lo que cada uno quiere ya de por sí de un modo inevitable no está contenido en el concepto de deber; porque este implica una coerción hacia un fin aceptado a disgusto. Por tanto, es contradictorio decir que estamos obligados a promover nuestra felicidad con todas nuestras fuerzas. Asimismo es una contradicción que me proponga como fin la perfección de otro y que me considere obligado a fomentarla. Porque la perfección de otro hombre como persona consiste precisamente en que él mismo sea capaz de proponerse su fin según su propio concepto de deber, y es contradictorio exigir (proponerme como deber) que yo deba hacer algo que no puede hacer ningún otro más que él mismo. (Kant, 2008: 386)

Formalmente, el primero tiene como móvil de acción la legalidad, sobre lo que se basa la moralidad, mientras que por otro lado; el segundo, el móvil de la acción es el fin, por tanto es la base de la legalidad. Por esta misma razón es que los deberes morales son de ejecución amplia ya que, por su formalismo, no se nos puede decir cuál es el curso exacto de acción y queda librado a la discrecionalidad individual y los deberes jurídicos, en contraste, son de cumplimiento exacto, porque no hay lugar a la interpretación tratándose de deberes heterónomos.

En esa medida, la mayor virtud consistirá en adecuar los deberes de obligación amplia (morales) a los de obligación estricta (jurídicos).

Aunque no sea algo meritorio adecuar las acciones del derecho (ser un hombre legal), sin embargo, sí que es meritoria la adecuación

de la máxima de tales acciones como deberes, es decir, el respeto por el derecho. Porque de este modo, el hombre se propone como un fin suyo el derecho de la humanidad o también de los hombres y así amplía su concepto del deber más allá de lo debido. (Kant, 2008: 243)

De manera que al unir la búsqueda de la perfección personal con la de la felicidad ajena es que se puede alcanzar el amor virtuoso. De manera que el presunto arrepentimiento ante una decepción no puede tratarse de un arrepentimiento moral, porque en ese caso se estaría dirigiendo a las consecuencias y no a la consecución de los principios.

En este punto es preciso recordar que el imperativo categórico también es un juicio sintético a priori, porque el formalismo universal del deber de la razón se une a las inclinaciones patológicas mediante la libertad. Un acto es moral si es que las inclinaciones han sido superadas, cuando el deber universal y desinteresado ha sido preferido por sobre los deseos egoístas. La perfección moral, desde este punto de vista, se alcanza con la apatía, ausencia de inclinaciones patológicas. Parece ser que aun en una perspectiva práctica, no es posible el arrepentimiento en el caso de la decepción. Así, la totalidad de la supresión de inclinaciones patológicas solo puede ser alcanzada por un ser angélico, Dios. Y; por lo tanto, no es posible concebir un ser más apático que Dios.

María von Herbert, siendo consecuente con la respuesta kantiana, le respondió:

Ahora mi clara visión me lo reprocha siempre, haciéndome sentir con ello un vacío que se extiende dentro y fuera de mí, de manera que casi estoy de más. Nada es para mí un estímulo. Aunque se cumplieran todos mis posibles deseos, esto no me proporcionaría ninguna satisfacción, ni hay cosa alguna que me merezca la pena el esfuerzo, y todo esto no por descontento, sino por lo descaminado

que resulta que en tantas cosas buenas haya también tantas impuras. Querría sobre todo poder aumentar las acciones encaminadas a un fin, y disminuir las que no tienen finalidad, que son las únicas que parecen ocupar al mundo. Pues siento en mí como si poseyera el impulso a toda actividad real solo para ahogarlo, aunque ninguna circunstancia me impide actuar, y a pesar de esto no tengo nada que hacer en todo el día. Me tortura así un aburrimiento que me hace la vida insoportable, aunque quisiera vivir de este modo mil años con tal de que pudiera pensar que yo, Dios, te complazco en semejante inactividad. No me considere soberbia si le digo que las tareas de la moral me resultan poca cosa, pues haría incluso el doble con el mayor celo, ya que la moral solo mantiene su consideración debido a la excitación del pecado, y a mí no me supone casi ningún esfuerzo librarme de esta. Por eso me parece que quien haya visto con claridad lo que es el deber, ya no es libre para infringirlo, pues si yo tuviera que actuar contra el deber heriría mi propio sentido del pecado: de tal manera me es instintivo, que ciertamente no tengo ningún mérito en ser moral. (Langton, 1994: 6)

Herbert concluye, pues, que la moralidad debe ir unida a la sensualidad, y el mérito moral depende de la lucha de la voluntad con las pasiones. Pero cuando no hay pasiones, esta lucha está ganada simple y tediosamente de antemano.

Y aun así, Herbert pretende visitar a Kant, para corroborar si su vida es tan vacía como la de ella y por la misma razón. Ella descubrió que el amor no tiene sentido cuando las inclinaciones se han marchitado, cuando uno no tiene pasiones propias y por tanto no tiene pasiones que compartir. Y se pregunta si la vida de Kant no reflejará este descubrimiento. Se pregunta si su filosofía no habrá llevado a Kant a pensar que, simplemente, no merece “la pena el esfuerzo de buscarse una mujer”, o de “entregarse a alguien de pleno corazón”. Quizá se lo pregunte con razón. (Langton, 1994: 12).

## Desenlace

Como se había dicho, “Ama a tu prójimo como a ti mismo” no debe ser mal interpretado. No quiere decir que debas amar indiscriminadamente a todo el mundo. Eso sería absurdo, sino, por el contrario, todos son dignos de amor.

Kant sostiene que la decepción amorosa sobreviene por uno de dos motivos, por un lado, porque el amor ha sido abandonado a las pasiones y emociones, el amor no puede ser pasional. Por otro lado, aunque el amor pueda ser racional no siempre es correspondido. No todos somos racionales.

El amor no puede ser pasional porque uno mismo debe ser capaz de elegir al ser amado. Contrario al amor romántico, en el que se espera que el amor llegue inesperadamente, en la creencia que hay una predestinación que condice inexorablemente a dos personas que han nacido una para la otra a encontrarse azarosamente, Kant piensa que el amor se construye de acuerdo a la aplicación de nuestros propios principios. El ser amado no es lo opuesto a nosotros, es lo que más nos gusta de nosotros mismos. Freud había dicho que usualmente buscábamos en nuestras parejas los errores de nuestros padres para poder corregirlos. La aparente ingenuidad kantiana no busca defectos, busca el ideal al que nosotros aspiramos. Si Kant había sido pensado como el filósofo de la neurosis porque su filosofía práctica está colmada de prohibiciones y límites que marcan la necesidad de un actuar virtuoso, también, al mismo tiempo, debe ser pensado no solo de manera negativa y límite sino de un modo regulativo, en la medida en que la virtud de un actuar desinteresado es el principio máximo que deba ser alcanzado. Por lo tanto, el amor es racional y nosotros estamos en capacidad de elegir al objeto de nuestro afecto. Esto puede resultar artificial y, efectivamente, lo es. El problema se concentra en cómo es posible racionalizar las emociones.

El amor puede ser racional porque estamos en la posibilidad de enamorarnos de lo que nosotros deseamos, pero esa elección debe estar basada en el cumplimiento de principios morales compartidos, en la admiración de la perfección del ser amado, el cumplimiento de nuestras aspiraciones. La búsqueda de nuestra propia perfección moral alcanzada por otro y en esa medida la persecución de su felicidad, en cuya consecución también alcanzaremos nuestra propia perfección.

Aun así, la admiración debe ser solo un componente del amor, la motivación de la elección pero si únicamente nos confiamos a la inicial sensación entonces corremos el riesgo de engañarnos a nosotros mismos depositando nuestra decisión en una emoción, incurriríamos en el amor pasional. Abandonarnos a nuestras pasiones es confiar en algo externo a nosotros, dejar que las cosas pasen, como si una fuerza del destino, una ley infalible de la naturaleza nos fuera a compeler inevitablemente a permanecer juntos. La aparente armonía de la naturaleza puede resultar engañosa. Cuando se ve la perfección del universo, las regularidades del mundo, la inviolable inmutabilidad de las constelaciones se puede llegar a pensar que hay un orden preestablecido, que somos parte de él y que de algún modo, si nos quedamos estoicamente impertérritos al cambio, cada pieza caerá por su propio peso en el gran rompecabezas cósmico. Y; sin embargo, las estrellas son solo ojos fríos que nos miran con indiferencia, porque ese orden natural es solo una proyección nuestra. Si el universo es ordenado es porque nosotros se lo hemos concedido, por ese motivo no debería maravillarnos ver las estrellas, sino los edificios y rascacielos, porque son el resultado de la perfección de la mente humana, de su planificación y exactitud.

Es preferible las leyes que uno mismo se impone y no las que vienen de fuera de nosotros. Del mismo modo que Kant había

rechazado cualquier tipo de moral material, cifrando la base de la moralidad en la autonomía de la conciencia, el amor no proviene del ser amado, sino del que ama. El amor es una capacidad interna que debe ser desarrollada. El amor, como la autonomía, depende de nosotros mismos.

No es novedad haber escuchado a una madre decir que el amor verdadero es el que se experimenta al tener un hijo. Efectivamente, un hijo es absolutamente dependiente de la madre, no la abandonará, no la traicionará y de igual modo, ella puede depositar todo su amor en él, sin importar nada, incondicionalmente, siempre será su hijo, al que perdone todo. Pero ¿por qué el amor incondicional debería ser privativo de las madres? ¿Por qué todos los demás estamos imposibilitados de sentirlo? Sin embargo, esto no es así. Ni el amor incondicional es únicamente patrimonio de las madres, ni los demás estamos condenados a relaciones frívolas y fugaces. El error de esa convicción yace en la creencia en que el amor depende del ser amado, en el agente externo, vulnerable, que no engaña. No obstante, lo externo a nosotros, el mundo, es solo una representación nuestra, una proyección de nuestra razón, el amor es una capacidad inmanente, la de confiar en los demás.

El amor no se encuentra, se construye, se elige, se desarrolla. La admiración y el deseo no son suficientes. Si se permanece en la obnubilación parasitaria de la contemplación, el amor nunca se desarrollará. Sino que es el esfuerzo, la inversión efectuada de energía, tiempo, paciencia y dedicación lo que le da valor al ser amado. Si no haces nada, no pasa nada. Por eso la razón debe buscar al amor, por eso Psique buscó a Eros.

En ambos casos, el de María von Herbert y el de Psique, se enfrentan ante la decepción por la omisión de la verdad y la infracción cometida. María von Herbert había ocultado a su pretendiente las visitas e infidencias a otro amante, que al revelárselo, la

abandonó. La sugerencia de Kant es la de siempre decir la verdad y si ante la revelación de la verdad aún no hay perdón, entonces la atracción estaba basada en las pasiones y apetitos, pero no en la razón.

Psique fue abandonada por Eros y María por su pretendiente, la diferencia que las separa reside en la correcta comprensión de la apatía. Desde el punto de vista de Kant, es la liberación de las pasiones, pero eso no quiere decir, la inactividad de la razón.

El don natural de una apatía con suficiente fortaleza del alma es, como se ha dicho, la flema feliz (en sentido moral). Quien está dotado de ella, no por ello es sin duda sabio, pero ha recibido de la naturaleza el favor de que le resulte más fácil que otros llegar a serlo. (Kant, 1991: 188)

Mientras que para María la apatía era recibida como la coincidencia entre su voluntad y la razón y en esa medida todo lo que ella quiere también es lo que ella debe hacer, la moral no representaba para ella una búsqueda agónica por la propia perfección.

Solo es posible la moral porque hay un deber que se nos impone por sobre la voluntad. Esto se traduce en una lucha entre lo que queremos y lo que debemos hacer. El deber, de acuerdo a Kant, es desinteresado, universal y bueno, en cambio la voluntad es egoísta. Tomar una decisión moral constituye la superación de nuestros propios intereses. Si es que nuestro deber pasa a ser una inclinación instintiva de nuestra naturaleza, entonces ya no seríamos morales, como es el caso de Dios o los ángeles.

Una voluntad perfectamente buena estaría, así pues, de igual forma bajo leyes objetivas (del bien), pero no por ello podría ser representada como constreñida a acciones conforme a la ley, porque de suyo, según su constitución subjetiva, solo pueden ser determinada por

la representación del bien, de ahí que para la voluntad santa, no valgan los imperativos: el deber está aquí en un lugar inapropiado, porque el querer ya concuerda de suyo con la ley necesariamente. (Kant, 1999: 159)

Es por esta razón que María von Herbert ante la creencia de haber alcanzado la apatía kantiana contemplaba el abandono con una mirada desapasionada que podría ser interpretada como indulgencia y comprensión, pero en su caso, solo era desdén.

Un hombre con todos sus defectos es infinitamente superior a un ejército de ángeles sin voluntad. (Kant, 2007: 207)

La apatía no es la conformidad a la naturaleza, el vínculo entre la voluntad y la razón significaría la anulación de la individualidad, porque esta solo se consigue con la subjetividad de una voluntad, que opusiera resistencia a los deberes de la razón y de ese modo, la posibilidad de elegir, por lo tanto, la capacidad de ser morales. Ese es el caso de Psique, cuyo ascenso hasta la calidad de divinidad estuvo plagado de retos que debía superar, la apatía no debe ser interpretada como ausencia de acción, sino como la determinación de un actuar motivado por la razón. El desenlace que tuvieron estas dos mujeres no podía ser más elocuente por contradictorio. En el primer caso, María von Herbert había conseguido eliminarse a sí misma al hacer coincidir la voluntad y la razón, lo que quería y debía, sus inclinaciones pasionales y la razón.

En el segundo caso, Psique, la unidad de la voluntad y la razón es una preciosa mina que tenemos que alcanzar, cuyo tortuoso ascenso no solo nos hace dignos de ella, como principio regulativo de la acción parece inaccesible, puede que nunca lleguemos a ser santos, pero es una inspiración para todo modo de acción, sino

que también le otorga mayor valor y sentido al objeto del afecto, el amor se inspira, porque el esfuerzo efectuado cobra sentido por la consecución de este fin último, del mismo modo que un objetivo le da sentido al camino recorrido, buscar la felicidad ajena constituye un deber que debemos perseguir y en cuyo trayecto alcanzamos la propia perfección y en eso consiste el amor.

Aun así, se podría objetar que del esfuerzo ofrecido hacia alguien no se deduzca que vaya a haber reconocimiento, ni que se nos vaya a amar por habernos esforzado. La gratitud no es razón para amar. Sin embargo, no se trata de motivar amor en los demás, sino en uno mismo. El amor es una capacidad inmanente al ser humano que debe ser desarrollada, por eso es que el objetivo que nosotros debemos perseguir no debe ser el reconocimiento, la motivación no puede ser externa a nosotros mismos, si hay algún tipo de interés, entonces sobreviene la duda de si es realmente amor o una efímera emoción circunstancial.

Que el amor sea correspondido no debe ser el fin que busquemos. El amor no es necesario, no es útil, no es instrumentalizable.

Es por ese motivo que la decepción produjo un resultado diferente en cada una de nuestras heroínas, para María la inactividad y tedio la dejó sin motivaciones, ni sentido y; por lo tanto, no halló mejor salida que la del suicidio. Mientras que Psique en el esfuerzo por alcanzar la redención de sus faltas logró la divinidad, la unidad de la felicidad ajena y la propia perfección, la voluntad y la razón, psique y eros fundidos en la percepción preclara que la razón es el amor.

## Bibliografía

APULEYO (2012). *Asno de oro*. Madrid: Cátedra.

HABERMAS, Jürgen (1999). *Escritos sobre moralidad y eticidad. ¿En qué consiste la racionalidad de una forma de vida?* España: Paidós.

KANT, Immanuel (2008). *Metafísica de las Costumbres*. España: Tecnos.

\_\_\_\_\_ (1999). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*.  
Barcelona: Ariel.

\_\_\_\_\_ (1991). *Antropología*. España: Alianza Editorial.

\_\_\_\_\_ (2007). *Crítica de la razón práctica*. España: Alianza Editorial.

LANGTON, Rae (1994). “El desconuelo del deber, El reto de María von Herbert a Kant”, en *Oxford Reader: Ethics*. Reino Unido: Singer (ed.).

***Correspondencia:***

**Víctor Hugo Martel Paredes**

Docente del Departamento Académico de Filosofía de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo electrónico: [hmartelp@hotmail.com](mailto:hmartelp@hotmail.com)